

que posee son las mejores garantías que la Iglesia leonesa puede tener para mantenerse en el grado de prestigio en que la han colocado todos sus Pastores, cuyos nombres guarda la historia y serán venerados por las generaciones futuras.

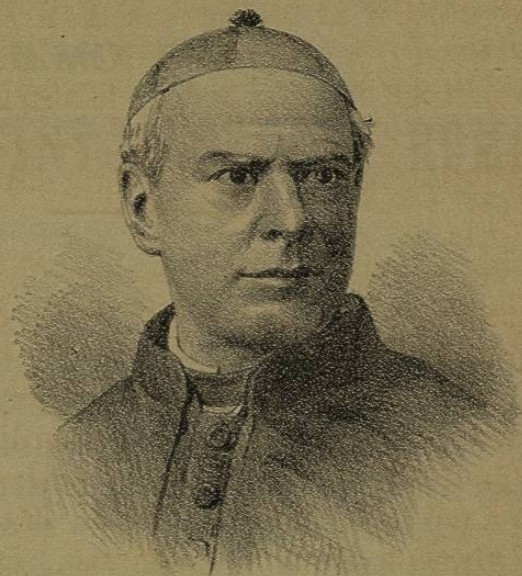
El nombre de tan insignes sacerdotes con el que honra la Iglesia mexicana, no sólo es motivo de respeto y cariño por todos los mexicanos, sino que el tipo católico guarda el recuerdo de aquellos días de entusiasmo para la fe, y no hay tal sólo por el hecho de que no se pueda olvidar el nombre de tan ilustres de Leonense.

En los annales de la historia eclesiástica, la figura del Ilmo. Sr. D. Tomas Lujan está ya en un alto y noble sitio de que la Religión Católica en México tiene sostenedores de la talla del Obispo de León.

Con justicia dignísima se le atribuye de este carácter que la dignidad representada, ama y veía por ella en las horas de la noche y de madrugada, hechos escogidos por Dios para que sean el consuelo de las almas, en medio de las tribulaciones de la vida.

Que son si no los ejemplos de la Iglesia, todos esos Ministros que como otros tantos apóstoles de Cristianismo, llevan su bandera hasta el último rincón cuando se trata de cumplir con su sagrada misión.

Con Fechas como el Sr. Lujan, la Iglesia mexicana, obtendrá frutos abundantes en las almas, y en sus santuarios sus glorias van en los lugares donde se ha perdido la verdadera fe. El talento del Ilmo. Sr. Barba, todas las virtudes



ILMO. SR. DR. D. JACINTO LOPEZ,  
ARZOBISPO DE N. LEON.





hab en la tierra, donde la razón el mundo y la justia  
vin tienen un natural asiento. La tierra inclinada  
que no observa las pautas al virtuosos y que solo  
premia a los que lo merecen. En los dominios de  
nuestra Religión el imperio de los sacrosantos canones  
es igual para todos sus hijos. De aqui la estabilidad  
y firmeza del Catolicismo, en medio de las convul-  
siones y trastornos que en la sociedad el crecimiento y las

ILMO. SR. DR.

# DON JACINTO LOPEZ Y ROMO

ARZOBISPO DE LINARES

LA misión que nos hemos impuesto, tan sagrada  
cuanto difícil, sólo podremos cumplirla contando con  
la cooperación de personalidades de la talla de nues-  
tro biografiado. De otra manera se estrellarian nues-  
tros esfuerzos en la impotencia y serian inútiles los  
vehementes deseos que tenemos de llenar el delica-  
do gusto de nuestros lectores.

Pero la narración de los hechos de hombres tan  
prominentes como el que nos ocupa, basta por sí so-  
la á dar equivalencia á nuestro trabajo, y por eso nos  
place presentar ahora, aunque compendiada, la bio-  
grafía de uno de los ilustres Prelados de la Iglesia  
mexicana, encumbrado á los más altos puestos de la  
jerarquía eclesiástica por sus personales prendas de  
talento y virtud.

Nuestra Santa Madre, la Iglesia, es la única socie-





dad en la tierra, donde la razón, el mérito y la justicia tienen su natural asiento. La única institución que no obstruye las puertas al virtuoso, y que sólo premia á los que lo merecen. En los dominios de nuestra Religión, el imperio de los sagrados cánones es igual para todos sus hijos. De aquí la estabilidad y firmeza del Catolicismo, en medio de las convulsiones y trastornos del mundo. De aquí su prestigio, cada día mayor, en la sociedad; el crecimiento y maravilloso desarrollo de esta bendita Religión, en que los mexicanos hemos sido criados; Religión verdadera, y cuyo Supremo Representante, el Romano Pontífice, se titula "*siervo de los siervos de Dios,*" y cuyos obispos y sacerdotes cifran su medro personal y sus ganancias en hacerse todo para todos, para ganarlos á todos, en expresión de San Pablo y en imitación del Pastor divino, Cristo Jesus, cuya portentosa vida compendió San Pedro en dos palabras, cuando dijo de El: "*pasó por este mundo, sin hacer más que bien.*"

La carrera del Ilmo. Sr. López, su promoción á la diócesis de Linares, y recientemente á la Silla Metropolitana de Monterrey, justamente apellidada la Reina del Norte, por sus progresos rápidos en los intereses materiales y por el desarrollo sin par de sus numerosas industrias y comercio, no es, despues de todo, un caso aislado y sin precedente en la Historia Eclesiástica de nuestra patria. Sin embargo, la conveniencia de la Religión, y el esplendor y buen nombre de la República, exigen de consuno, que publiquemos, para consuelo de los buenos y edificación de

todos, los rasgos más notorios y públicos que embellecen la carrera eclesiástica y la vida sacerdotal de uno de sus más humildes, al par que esclarecidos hijos.

El Ilmo. Sr. D. Jacinto López y Romo nació en la villa de la Encarnación, Estado de Jalisco, el 10 de Septiembre de 1831, y se le bautizó al siguiente día en la iglesia parroquial.

Fueron sus padres el Sr. D. Antonio López y la Sra. D<sup>ca</sup> Francisca Romo, á quienes arrebató la implacable Parca cuando contaba apenas diez años de edad.

Como todos los padres de aquella época, con el desarrollo y crecimiento de su hijo comenzaron á inculcar en su tierno corazón los sentimientos de religión y piedad, que debían, con el tiempo, hacerle amable la práctica de la virtud y disponerlo á seguir las inspiraciones de Dios Nuestro Señor, para corresponder á los fines y secretos de su Providencia infinita.

Luego que lo permitió su edad, procuraron los virtuosos autores de sus días, que en las escuelas de aquella villa fuera adquiriendo los primeros conocimientos elementales que en tales establecimientos se enseñaban; pero la prematura muerte de ambos privó á su pequeño hijo de su apoyo paternal. Elevó entonces su espíritu á su Divina Majestad, y con una modesta fortuna que le dejaron, se trasladó á Guadalajara, contando apenas once años de edad, en unión de una hermana poco mayor que él, al amparo y cuidado de unos parientes suyos.



Desde luego entró de alumno interno en el Hospicio, que hizo construir el Ilmo. Sr. Cabañas, y en el cual, aún hoy, se recogen parte de los frutos que se propuso su esclarecido y caritativo fundador.

En este benéfico establecimiento, indudablemente el primero en su género entre los de la República, permaneció cuatro años, dedicándose al aprendizaje de los varios ramos que comprendía su programa y que desde entónces abrazaba casi todos los que ahora se cultivan en los mejores Institutos que tenemos. El alumno López aprovechó útilmente el tiempo, distinguiéndose en todas las clases que cursaba, por su constante aplicación y por su religioso cumplimiento en sus deberes de estudiante. Su instrucción intelectual iba á la par de sus adelantos en la virtud y en la piedad, captándose el aprecio y estimación de sus maestros y de sus compañeros, y mereciendo honrosos lugares y distinguidos premios.

Sin dejar de vivir en el Hospicio, en Octubre de 1846 entró al Seminario Conciliar de la misma ciudad de Guadalajara, matriculándose como alumno externo hasta el año de 1849, y luego de interno hasta el de 1854.

Durante este tiempo estudió con notable aprovechamiento los cursos de Gramática latina, Filosofía y Teología dogmática. En todos obtuvo honrosas y distinguidas calificaciones, y en algunos años exámenes de distinción ó de mérito.

En la Universidad de Guadalajara, donde tantos hombres ilustres en la Iglesia, en el Foro, en la Medicina y en la política, han dado celebridad á nues-

tra patria, recibió nuestro biografiado el grado de Bachiller en Teología, previos los rigurosos exámenes que prescribían sus Estatutos.

En Febrero de 1854 el Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Espinosa le confirió la Prima Tonsura y los cuatro órdenes menores; y en los domingos siguientes los sagrados órdenes del Subdiaconado y Diaconado. El nuevo Diácono, como todos los ordenandos, continuó viviendo en el Seminario, donde los levitas, al lado de sabios y virtuosos profesores, ven constantes ejemplos y verdaderos modelos que les sirven de estímulo para prepararse debidamente al ejercicio del ministerio sacerdotal é interiorizarse bien de lo que es la vida de un Ministro de Dios, y de los deberes y sacrificios que aquella impone, para llenarlos según lo exige una verdadera y santa vocación, la gloria de Dios y de su Iglesia y la eterna salvación de las almas.

El Sr. Rector del Seminario, que lo era entónces el Dr. D. Francisco Espinosa, Chantre de la Catedral, por su cargo y su deber, conocía á cada uno de los ordenandos; y este conocimiento lo ponía en aptitud de apreciar sus cualidades, y lo que la Iglesia de Guadalajara podía esperar ó prometerse de ellos con el tiempo.

El Ilmo. Sr. Espinosa necesitaba de uno de aquellos jóvenes para que le sirviera de familiar y de oficial en su Secretaría episcopal, y llamado el Sr. Rector para que le indicara quién sería á propósito para ocupar ambos puestos, el primer nombre que pronunciaron sus labios fué el del Diacono D. Jacinto



López. Esto pasaba en Agosto de 1854, y desde entonces se trasladó del Seminario á la casa episcopal y comenzó á ejercer las funciones que le señalaba su Prelado.

Iguales destinos desempeñaba el Presbítero Dr. D. Germán Villalbaso, y desde luego uno y otro se tuvieron el afecto de unos verdaderos hermanos. Dios reunia al lado de un Prelado eminente á dos jóvenes sacerdotes que más adelante habian de ser dos príncipes de la Iglesia, tan dignos como el que en aquella época gobernaba la diócesis de Guadalajara, y que dos años despues la debia defender con tanta sabiduría, combatiendo los errores y herejías profesados en los principios liberales, y con la santidad de su vida y de sus heróicas virtudes.

En Abril de 1855 se ordenó de Presbítero por el mismo Ilmo. Sr. Espinosa. Su primera misa rezada la celebró en la iglesia del antiguo colegio de San Diego, hoy Liceo de Niñas del Estado, manifestando con esto su modestia y humildad, virtudes que caracterizaron desde jóven al nuevo levita.

Aunque por su estado de sacerdote podia el Prelado utilizar sus servicios en la administración de las parroquias, lo dejó en el empleo que tenia en la Secretaría episcopal, donde en tan poco tiempo se habia dado á conocer por su inteligencia, y revelado dotes muy particulares para desempeñar las funciones en una curia.

En la guerra llamada *de tres años*, y en la de la intervención francesa, estuvo lo más de ese tiempo al frente de la Secretaría por ausencia del Secretario

y Prosecretario, aunque con el carácter de oficial primero.

El año de 1866 acompañó á México al Sr. Espinosa como su familiar y empleado de su Secretaría, estando á su lado cuando murió este santo y venerable Prelado.

En 1868 fué nombrado por el Sr. Vicario Capitular, Dr. D. Jesus Ortiz, para ir hasta Tepic y recibir en su nombre al Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza, que habia sido promovido del Obispado de Sonora á la Archidiócesis de Guadalajara.

Este insigne Prelado le nombró Prosecretario, en sustitución del Sr. Dr. Villalbaso, que fué enviado al Obispado de Chiapas el año de 1869.

En Diciembre de 1873 el Sr. López fué nombrado Prebendado por el Cabildo Metropolitano de Guadalajara, ascendiendo gradualmente hasta la dignidad de Maestrescuela.

En 1874 el Ilmo. Sr. Loza lo nombró su Secretario, en lugar del Sr. Dr. D. Francisco Arias y Cárdenas, que lo habia sido desde 1855 hasta esa fecha.

Durante el tiempo en que se ve figurar al Sr. López como Oficial, Prosecretario y Secretario, fué Capellán por algun tiempo de la iglesia de la Universidad de Guadalajara, y por cuatro años Cura del Sagrario, sin separársele de la Secretaría episcopal. A todo atendia su celo por el bien de las almas, y su proverbial é infatigable laboriosidad.

El año de 1876 se determinó por el Ilmo. Sr. Loza y su Cabildo Metropolitano, que los restos del Sr. Espinosa, sepultado en la Catedral de México, se tras-



ladaran á la de Guadalajara. La comisión que se nombró para cumplir tan delicado cargo, recayó en el Sr. López y el Sr. Dr. Arias.

El Sr. López, desde el año de 1855, en que se ordenó de Presbítero, hasta el de 1886 en que lo hallamos como Secretario de la Mitra y miembro del ilustre Cabildo de Guadalajara, se conquistó no sólo la confianza, aprecio y estimación muy particular de los Ilmos. Sres. Espinosa y Loza, sino los del respetable Cabildo á que pertenecía, los del numeroso é ilustrado Clero de la Archidiócesis, los de la culta sociedad de las capitales de Jalisco, Aguascalientes y Colima, y los de todas las personas de sus poblaciones, que lo conocieron y trataron.

Es indudable que el Sr. López es uno de los Ministros que ha sabido captarse las mayores simpatías de que puede gozar una persona. Su vida pública y aun privada, fué tan conocida y tan admirada en la Archidiócesis, que tambien las personas desafectas al Clero rindieron siempre homenaje á sus virtudes y á su distinguida educación.

En las convulsiones políticas en que tanto se enardecieron las pasiones de los hombres, y sobre todo en la guerra *de tres años* y en la de la intervención francesa, el Sr. López fué respetado y considerado por ambos partidos. Jamás el dardo de la impiedad, ni el odio de algunos contra la Iglesia, la Religión y sus representantes, se atrevió á proferir palabras para herir una reputación sin mancha, concediendo estimación á un varón tan querido.

El Sr. López, en su carácter de Secretario, prestó

una eficaz cooperación al Ilmo. Sr. Loza en el gobierno de aquella vasta Archidiócesis. En toda ella se palpó y conoció, desde que se le nombró Secretario, que su experiencia adquirida en los variados negocios de una curia, sus conocimientos administrativos, y los especiales que tenia del personal del Clero y demás cosas eclesiásticas, se ponian en juego y actividad para reparar en lo posible, y con la prudencia que demandaban las circunstancias, la falta de recursos con que contaba ántes la Iglesia para el sostenimiento y esplendor del culto, para atender á tantos objetos por que debe velar constantemente y para que la disciplina eclesiástica, que habia recibido tan duros golpes, recobrase su imperio y siguiese en lo de adelante normando la conducta del Clero y de los fieles. Las luminosas circulares y disposiciones dictadas por la Mitra desde 1874 hasta 1886, nos revelan la parte que tuvo en ellas el Sr. López y los provechosos resultados que obtuvieron y seguirán obteniendo en lo sucesivo.

Por iniciativa suya, el Ilmo. Sr. Loza estableció en su mismo palacio una Agencia eclesiástica, con su oficina y un personal competente. Esta Agencia, desde su origen, ha prestado y está prestando importantísimos servicios á la Archidiócesis, á todo el Clero, á todas las parroquias y al Seminario Conciliar. Aun Prelados de otras diócesis le encomiendan frecuentemente negocios relativos á las Iglesias de sus Obispos.

El mismo Sr. López fué el que inició la erección de la Cofradía del Castísimo Patriarca Señor San Jo-



sé, que se extendió rápidamente á toda la Archidiócesis, y que á los diez años de establecida dió el grandioso y edificante resultado, que con las pequeñas limosnas de los socios se levantara, desde sus cimientos, en la capital de Jalisco, un templo magnífico, que admiran, por su belleza y arquitectura, cuantos lo visitan, y que se inauguró ó dedicó al culto el 26 de Noviembre de 1890, celebrando de pontifical el Sr. López.

Además de esto, esa misma Asociación distribuye sus limosnas en todas las iglesias en donde está extendida, y destina una parte para sostener y educar en el Seminario jóvenes aspirantes al estado eclesiástico, de los cuales un buen número pertenece actualmente á la milicia sacerdotal, y otros muchos estudian con el mismo fin.

La importante cooperación del Sr. López en la sabia administración del Sr. Loza, habia llegado indudablemente á conocimiento de la Santa Sede, porque en Febrero de 1886 el Ilmo. Sr. Loza recibió un telegrama del Ilmo. Sr. Obispo Labastida, en que le decia, que el Canónigo D. Jacinto López le remitiera sus documentos, porque el Santo Padre se habia fijado en él para preconizarlo Obispo de Tabasco en el próximo Consistorio.

Tanto el Sr. Loza como el Sr. López se sorprendieron con semejante noticia, porque era la primera que tenían de la determinación de la Santa Sede; y el agraciado mandó al Sr. Arzobispo de México los documentos que se le pedían, resignándose á cumplir la voluntad de Dios, que dispone de sus criaturas conforme á sus designios ocultos.

Pasado algun tiempo, escribió el Sr. Labastida al Sr. Loza, que contra su costumbre en estos casos, habia suplicado al Santo Padre, que en lugar de Tabasco nombrara Obispo de Linares al Sr. López. Esta indicación espontánea del Sr. Labastida, fué atendida por Su Santidad, porque en el Consistorio del 1.º de Junio de dicho año de 1886 fué preconizado Prelado de esta diócesis, que habia quedado vacante por traslación del Ilmo. Sr. Montes de Oca á la de San Luis Potosí.

El dia siguiente se supo aquella noticia en Guadalajara, y luego en esta ciudad, donde fué recibida con placer porque cesaba su orfandad y porque, como todos los católicos, saben sus hijos que la Silla apostólica elige siempre los Pastores que más conviene á la Iglesia.

El Ilmo. Sr. López fué consagrado por el Sr. Loza el 29 de Agosto de aquel año en la Catedral de Guadalajara, sirviendo de asistentes los Ilmos. Sres. Montes de Oca y el finado Sr. Obispo Moreno. A la misa, en que se le consagró, se le dió una solemnidad espléndida. Dicen los que asistieron, que no habian visto otra igual, no obstante que en Guadalajara son frecuentes las de este género. Fueron padrinos del nuevo Obispo dos de los Sres. Capitulares, en representación del Cabildo, y por sí los Sres. Lic. D. Trinidad Vereá y D. Justo Fernandez del Valle. Despues de la una terminó aquella gran fiesta, y la numerosa concurrencia vió con júbilo que el Sr. López era elevado á una dignidad, tributo muy justo á sus méritos y á sus virtudes, y con pesar porque bien pron-



to se iba á separar de aquella Archidiócesis, donde era tan querido y donde iba á dejar un lugar en que difícilmente podría ser reemplazado.

Hasta fines de Octubre permaneció en Guadalajara, y en ese tiempo emprendió el viaje para su diócesis. En su tránsito pasó por la Encarnación, lugar de su nacimiento, donde fué recibido con tales demostraciones de afecto y de veneración, que no sería fácil describir.

El día 11 de Noviembre llegó al Saltillo, primer lugar que tocó de su diócesis. El Clero y la ciudad lo recibió con filial cariño, y aun la autoridad civil tomó parte en el regocijo general, llegando su cortesía al grado de hacerle una visita, la más cordial. El 13 hizo su entrada á Monterey por el ferrocarril Nacional en un tren especial. En la Estación lo esperaba el muy Ilustre y Venerable Cabildo, una Comisión de respetables señores y otras varias de Asociaciones religiosas, y además una numerosa concurrencia compuesta de todas las clases sociales de la sociedad.

Acompañado de las comisiones referidas, llegó al palacio episcopal, donde recibió cordiales felicitaciones de parte del Cabildo, del Clero, de la sociedad de Monterey y de las Cofradías de la capital. Al día siguiente tomó canónica posesión de su Iglesia Catedral y de la diócesis, y entró desde luego en el ejercicio de su jurisdicción episcopal.

Desde fines del año de 1879, en que fué trasladado á la diócesis de Puebla el Ilmo. Sr. Vereá, llamado el apóstol de la frontera, sufrió la de Linares notables bajas por la muerte de varios sacerdotes, bajas

que no podían cubrirse porque su Seminario no daba el contingente necesario para reemplazarlos, ni había siquiera la esperanza de que en lo de adelante pudieran suplirse, por ser muy pocas las vocaciones de los jóvenes al estado eclesiástico. Algunas de las parroquias carecían, por lo mismo, de sus respectivos Curas y otras de los ministros más indispensables para el buen servicio espiritual de las almas.

Por otra parte, la gran extensión de la diócesis, la situación en que se hallan varias parroquias respecto de las otras, por la notable distancia que las separa, hacía difícil que un sacerdote, por más celoso que se le suponga y por más vigorosa que fuera su salud, pudiera socorrer con los auxilios espirituales á distintas poblaciones, y muchas de ellas separadas por varias leguas del punto de su residencia.

Esto, como era natural, llamó la atención del Ilustrísimo Sr. López, y lo ocupó de preferencia en pensar las medidas que pudiera tomar para proveer de clero á su diócesis, convencido de que sin él nada ó muy poco podría hacer para llenar los delicados deberes de un Obispo. Su Seminario, pues, fué el objeto principal por donde debía principiar su ministerio pastoral, y sin detenerlo la suma escasez de sus recursos ordinarios, que halló insuficientes para dotar el personal de sus profesores y atender á los precisos gastos que demanda su existencia y su obra material, no concluida, escribió á varios de los curas, diciéndoles que buscaran entre sus feligreses, jóvenes que tuvieran vocación para sacerdotes y que, prévia la anuencia de sus padres, los mandaran de internos



al Seminario; en la inteligencia de que se educarian por cuenta de la Mitra, y permanecerian en el establecimiento con entera sujeción y á voluntad del Prelado.

Esta providencia hizo que algunos jóvenes vinieran al Seminario y que con ellos comenzara á formarse el grupo de varios que hoy estudian para sacerdotes y visten, los más, el hábito clerical.

Además, el Ilmo. Sr. López mandó un comisionado á visitar los Seminarios de otros Obispados, con instrucciones de que invitase á algunos de sus alumnos, previa la licencia de sus respectivos Prelados é informes de buena conducta y de conocida vocación de parte de sus inmediatos superiores, á domiciliarse en esta diócesis. Este paso dió el consolador resultado que del Obispado de Zamora vinieran tres sacerdotes, dos clérigos ordenados de menores y siete jóvenes muy adelantados en sus estudios; dos, con ellos casi concluidos, del Arzobispado de Guadalajara, y un clérigo minorista de la diócesis de San Luis Potosí. Todos ostos jóvenes, venidos á expensas de la Mitra ó de su Prelado y sostenidos de todo, entraron al Seminario el año de 1889, y seis de ellos son ya sacerdotes que sirven en la administración de las parroquias y los demás están próximos á ordenarse de Presbíteros. Varios otros, pertenecientes por su nacimiento á esta nueva Archidiócesis, se hallan en las mismas condiciones y tambien cuatro más que en Septiembre del año pasado vinieron de la Villa de la Encarnación, renunciando á su domicilio de Guadalajara. Fuera de esto, trece sacerdotes más, proce-

dentes de diferentes Obispados, han fijado su domicilio en Linares, desde el año de 1887 á la fecha. Con solo ellos han podido cubrirse las vacantes que dejaron otros tantos que han muerto durante el mismo tiempo, contándose entre éstos cuatro que por su edad ó enfermedades, estaban retirados del ejercicio activo del ministerio. Así es que el Sr. López ha podido aumentar el número de los ministros que halló á fines de 1886 con quince más que han cubierto varios lugares que estaban sin sacerdotes, ó reforzado el servicio de importantes parroquias. Y no sólo ha tenido este consuelo, sino el de que su Seminario esté ya en condiciones de darle en lo sucesivo sacerdotes que no sólo reemplacen á los que mueran, sino que aumenten progresivamente el número de los existentes.

Si el Seminario habia ocupado de preferencia su atención, deseaba al mismo tiempo tener un conocimiento práctico de las localidades de la Diócesis, de las necesidades particulares de sus parroquias y del personal del clero que las servia. Con este fin determinó hacer su primera visita general, y en Mayo de 1887, la conmenzó con la parroquia de San Nicolás Hidalgo. Entónces fué dándose á conocer entre sus diocesanos foraneos, y preverse por estos los bienes espirituales y temporales que reportarian con el ejemplo de su edificante humildad, con la dulzura de su carácter, con su admirable mancedumbre y con la unción con que los instruía en sus deberes cristianos y celebra los sagrados misterios.

En los dos primeros meses visitó apénas, aquella

